

jas consiguientes al carácter propio de los seminarios. No son de tanta gravedad los inconvenientes de los seminarios, porque con solo depender de los obispos pueden adelantar notablemente; pero hai una cosa que no está en el arbitrio de ellos evitar, y mengua un tanto la virtualidad inmensa de una institucion perfecta. ¿Cuál? el carácter comun del magisterio. En los seminarios sirven jóvenes que empiezan su carrera, sirven mientras logran ameritarse para un beneficio eclesiástico, ó empleo curial que les proporcione mas accion en su ministerio y algunas comodidades para la vida. Una institucion permanente, una enseñanza que figurase como vocacion de un estado, que tuviese la garantía de una vida y la perpetuidad de un cuerpo formado por votos, y sin perjuicio de las reglas excepcionales y privadas del instituto, estuviese bajo la proteccion de los ordinarios; debía ser en consecuencia lo mas perfecto y lo mas fecundo que pudiera apetecerse, para contar con un clero debidamente aleccionado y virtuoso. Pues bien, católicos: lo que hace dos siglos habia sido un *desideratum*, fué despues un hecho, merced al espíritu altamente previsor y á la constancia incomparable de Vicente de Paul. Sus hijos tienen, para la economía de su gobierno interior, privativos reglamentos que bastan por sí para proporcionarles toda la independencia que exige la perfeccion de su estado; mas en el órden exterior no se distinguen del clero secular en cuanto al régimen, por haber quedado sujetos á la jurisdiccion de los obispos: rasgo singular que caracteriza tan admirable instituto, y medio efficacísimo para dar el lleno á ese pensamiento inspirado por las necesidades de la época para la mas recta formacion de la juventud eclesiástica.

Los resultados de esta nueva institucion no podian ser mas satisfactorios. Describirlos seria sin duda narrar sucesos que en su género llenan casi la carrera de dos siglos, lo cual no me permiten ciertamente las leyes á que está sujeto mi discurso; pero no concluiré sin dar gracias á Dios por haber concedido á mi diócesis probar los beneficios de una institucion en que la sabiduría y la santidad brillan á competencia.

Estos dignos sacerdotes, correspondiendo al excelente espíritu que les ha legado su ilustre Fundador, tomaron á su cargo tres colegios en mi diócesis. En todos ellos hicieron admirar constantemente su empeño en la difícil taréa de formar la juventud eclesiástica; pero lo que sobre todo habia hecho concebir las esperanzas mas halagüeñas, era el colegio clerical de Morelia. El órden, la regularidad y el espíritu que reinaban allí, eran objeto de la mas grata satisfaccion para cuantos conocian aquel establecimiento. . . . Pe-

ro, católicos . . . todo esto pasó como un sueño. . . . La tempestad horrible que truena por todas partes, que todo lo sacude y destroza, estas pasiones políticas, rabiosamente desbordadas como un torrente, se precipitaron furiosas sobre el tierno y querido plantel ¡Un momento bastó para que la obra de tantos trabajos y el objeto de tantas esperanzas viniese á tierra!

Yo me distraia, católicos, per un sentimiento que habrá encontrado sin duda una noble excusa en vuestros corazones. No era extraño que una revolucion nacida poco ántes que el héroe que celebramos, y contrariada en su espíritu y tendencias en el órden religioso y moral por el celo y la constancia de esta Congregacion, obra maestra de Vicente de Paul, se la llevase de encuentro con su arrebatado curso donde quiera que la encontrase. Mas las obras de Dios, aunque perseguidas, no desaparecerán; y esos institutos á pesar del mundo y su falsa filosofía, á pesar de esa política bastarda que se esfuerza tres siglos há por destruir todo el influjo moral del sacerdocio, subsistirán siempre. La fecundidad de la Iglesia, la accion de su espíritu y las tendencias de sus obras, léjos de limitarse á lo estrictamente religioso, ejercen un influjo benéfico hasta en la marcha social de los Estados políticos. Vedlo, si no, en el santo personaje á quien hoy tributamos nuestros cultos, observando el influjo de su persona y espíritu en la marcha misma de la sociedad.

SEGUNDA PARTE.

Quando hablo, católicos, del influjo de nuestro Santo en el Estado; quando he dedicado á esto una parte de mi discurso, y, no satisfecho con referirme á su época, me he propasado hasta considerarle como un recurso inmenso para los tiempos modernos, guardáos de creer que intente convertir á Vicente de Paul, aquel hombre sencillo y simple, en un hombre de estado, en un genio para la política: no imaginéis que os le presente sorprendiendo el secreto de los gabinetes, dando bases para los tratados, sistemando la marcha administrativa de los gobiernos, dictando las condiciones de la paz ó de la guerra; no: ni Vicente de Paul era esto, ni esto es lo que yo me propongo. Todo ese aparato de grandeza con que subyuga la admiracion del mundo, no es el que pide la alabanza del héroe cristiano para manifestar su gloria.

Tengo que deciros otra cosa y de no poca importancia: tampoco

es mi ánimo autorizar con el ejemplo de este gran Santo la censura respecto de ciertas situaciones excepcionales en que puede encontrarse acaso un ministro de la religion. Pero atento al nuevo carácter que desde el siglo XVI empezó á presentar la institucion política en sus relaciones con la institucion católica, debo advertiros que Vicenté de Paul en la corte fué la gran personificacion del medio que la Providencia tenia reservado al estado eclesiástico, para salvarle de los conflictos que mas tarde le traeria el espíritu dominante de cada siglo.

La influencia del clero sobre el Estado, como bien lo sabéis, está en dos únicas categorías, la de la institucion y la de la situacion: salir de aquí es volver á la nada. El influjo de institucion ni varía ni acaba, obra con los mismos elementos y vive siempre; mas el influjo de situacion, rigurosamente accidental y transitorio como todo lo humano, es claro que no ha podido ser el mismo en las diversas épocas de la sociedad.

Vosotros, católicos, conocéis estas épocas; conocéis las situaciones diversas que en ellas ha tenido el clero; conocéis, sobre todo, ese declive que ha venido recorriendo desde el siglo XVI. Pues bien: las causas que influyeron en la concordia del sacerdocio con el imperio desde el cuarto siglo, las alteraciones de esta concordia en consecuencia de las herejías, su nueva consolidacion al triunfar por entero el dogma católico, el carácter de la sociedad en aquellos tiempos, la inmensa necesidad que los pueblos tenian entonces de un poder superior que garantizase su vida social contra los embates de la barbarie, la unánime profesion de la fe que hacian todas las clases, aun cuando por desgracia se lamentaba la corrupcion de las costumbres, la esmerada y constante solicitud con que la Iglesia consagraba el principio de la autoridad moralizando su accion, y dignificaba la obediencia inscribiéndola en el registro de la virtud, su anhelo por aumentar de hecho, mediante el influjo de la moral cristiana, las analogías entre la sociedad doméstica y la sociedad civil, el universal reconocimiento del pontificado como una providencia instituida para la conservacion del orden universal, los principios reconocidos en la institucion de los gobiernos en armonía con el código de los deberes á que está sujeta por la lei divina la humanidad entera, y sobre todo, la aceptacion de los principios sociales del cristianismo en la política de todos los Estados, habia dado hasta el siglo XV al influjo de situacion eclesiástica tal permanencia, que ya parecia una institucion perpetua. Mas al vencer sus primeros lustros el siglo XVI, al consumarse aquella revolucion intelectual que se ha llamado Renacimiento, al formularse de nuevo todas

las antiguas herejías en la gran síntesis del protestantismo, al armarse de un trono contra el poder espiritual, desconociendo su institucion divina, se obró un verdadero cambio en las opiniones, en las ideas y hasta en los elementos constitutivos de la sociedad: la emancipacion de la inteligencia sucedió al magisterio de la verdad; la omnipotencia de la voluntad á la institucion divina del poder, y todo esto, como las grandes revoluciones, obrando con mas ó ménos energía, con mas ó ménos buen éxito, era ya una mina colocada bajo los cimientos de la institucion política. De pronto casi todo el Norte de la Europa se rebeló abiertamente contra la Iglesia católica, y aun aquellos Estados que habian conseguido librarse de tan horrible naufragio, permaneciendo fieles, cedian sin sentirlo al influjo de la inmensa contaminacion. Sin aspirar á ser dioses quisieron ser árbitros en el régimen exterior de la disciplina, resultando de aquí una exacta proporcion ¡cosa admirable! entre su ensanche de poder espiritual y el menoscabo de su poder temporal. Mientras los reyes católicos multiplicaban sus regalías, los pueblos estudiaban los derechos con que les brindaba la nueva política. Hubo un tiempo en que salió esta palabra de un monarca famoso, espléndido y fuerte, que habia dado su nombre á su siglo: "El Estado soi yo;" gran profecía de la decadencia de los tronos. Esta palabra, católicos, personificando la institucion, minaba su firmeza, protestaba contra su perpetuidad. La profecía se cumplió al pié de la letra, bien lo sabéis: un siglo despues el nieto del profeta subió al patíbulo, y mas tarde los reyes tiemblan ante la mas ligera conmocion.

Una nueva revolucion quedó pues formulada desde el siglo XVI; su fórmula es la emancipacion religiosa del Estado sobre las bases de la opinion y de la voluntad general. Este pensamiento veia naturalmente como enemigas toda institucion dogmática, toda autoridad moral. El dominio pleno á que aspiraba la tierra engendraba la necesidad absoluta de un rompimiento con el cielo: desde entonces la personalidad eclesiástica entró en una nueva carrera descendente por supuesto para la política.

Recordad las monarquías, las regencias y las luchas subsiguientes al célebre siglo, y con ellas las diversas situaciones del clero católico. Si veis, por ejemplo, hombres de Estado insignes lucir en los gabinetes la púrpura romana, no os apresuréis á desmentirme, no me tachéis de receloso, no imaginéis que desaparezca el mal en esas personalidades ilustres: ved en buena hora intereses accidentalmente combinados, exigencias de situaciones todavia no caracterizadas, influencias del individualismo con sus antecedentes; pero no paséis de aquí: el regalismo no retrocedió nunca en presencia

de ministros condecorados con los primeros honores de la Iglesia; y ¡ojalá el terrible mal no hubiera aparecido mas de una vez con accidentes deplorables! ¡ojalá esta madre piadosa nunca hubiese tenido que decir: *tu quoque fili mihi?* Pero la historia, que trasmite á la posteridad con los caracteres mas notables los datos que sirven á la crítica para conocer perfectamente las instituciones y las épocas, nos revela que un ministro de estado vestido con la púrpura, no se desdeñó de prestar en el exterior á los protestantes una protección que formaba contraste con el trato que de él mismo recibían en la corte de Luis XIII, y no nos dejará olvidar que el regalismo, llevando hasta el extremo sus pretensiones en el reino de Francia, desavino á su jefe notablemente con el Padre comun de los fieles. Pasma ciertamente la muchedumbre de firmas episcopales y la categoría de los firmantes que suscribieron la célebre "Declaracion del clero galicano," y todo el mundo sabe que los venerables miembros de la Compañía de Jesus fuéron arrojados con crueldad sin ejemplo de los reinos cristianísimo, fidelísimo y católico, sin que sus soberanos hubiesen renegado del bautismo, ni recogido su fidelidad, ni mostrado intento de salir del gremio de la Iglesia.

No puede negarse que el influjo de situacion ejercido por el clero ha tenido durante la época moderna periodos favorables, que mas de una vez habrían podido figurar como síntomas de un cambio en la faz política de la Europa; pero tambien es indispensable convenir en que aquellos periodos fuéron rapidísimos y aislados, y aquella influencia nacia ménos de la reaccion moral de las ideas católicas que de las cualidades personales de algunos soberanos. El mal progresaba siempre, y la gran contaminacion del protestantismo, lejos de disminuir, aumentaba en la proporcion misma que perdía su carácter, pues no contaba dos siglos todavía sin que sus mismas divisiones facilitasen el triunfo de la filosofía incrédula que, nacida de él, se ria de su credulidad. Esta filosofía, teniendo la audacia del error y la táctica del maquiavelismo, se atemperaba á todo: en el Norte de la Europa era protestante, en Puerto Real era jansenista, en la corte de Francia era parlamentaria, en los colegios clásica, en las academias cosmopolita, y donde quiera lo que la oportunidad permitia. Pero al través de sus muchos disfraces y en los efectos progresivos de su accion sobre la sociedad, se vió constantemente que, lejos de retroceder, iba siempre adelante. Era consiguiente al constante progreso de su marcha la disminucion proporcional de la influencia eclesiástica en el órden político; y por tanto aparece con toda claridad que desde el siglo de la Reforma hasta hoy dia, el clero católico respecto de este órden ha venido recorriendo

una línea descendente. En el siglo XVI le sacrifican las córtes protestantes; en el siglo XVII le humillan las córtes regalistas; en el XVIII le excluyen las córtes minadas por la filosofía incrédula, con una constancia terrible, hasta el extremo de sepultarle bajo las ruinas del trono la democracia sin freno. Bien sabéis, hermanos míos, lo que ha pasado al clero en los tres últimos siglos, lo que hoy sufre y lo que le amenaza para el porvenir. Esta carrera pudo preverse, aunque en confuso, al caracterizar el genio de la revolucion importada en el mundo por el Renacimiento; pero sin asegurarnos que Vicente de Paul hubiese atado á su pensamiento el porvenir, yo le veo pensando, obrando é instituyendo cuanto era necesario anticipar, robustecer y perpetuar en pro del estado eclesiástico, para salvar de las vicisitudes políticas, por donde tendria que pasar en lo sucesivo, á su respetable personalidad.

Porque, católicos: supuesto el carácter de la revolucion nacida en el siglo XVI, y que no ha dejado un solo dia de progresar en el mundo; supuesta su fórmula privativa, su pensamiento constante, su infatigable accion; supuesta su táctica de ir siempre adelante aceptando las formas accidentales que cada siglo exija, pero conservando su esencia que, como ya os lo he dicho y nadie ignora, es la de aniquilar en la marcha social y política de los pueblos toda influencia religiosa y moral; ¡cuál fué desde entónces la doble necesidad, de la Iglesia en sus relaciones con el Estado, y del Estado en la grave cuestion de su conservacion y porvenir? ¡cuál seguirá siendo, supuesta la permanencia de la revolucion? para la Iglesia, el afirmarse mas y mas con el carácter, la autoridad y el influjo moral de su ministerio; para el Estado, aprovechar las consecuencias de este influjo en el cuerpo de la sociedad: porque, no hai para que disminuirlo, el pensamiento de la revolucion es colocar al pueblo, sobre las ruinas de la Iglesia y el Estado, con el título de un soberano y el destino de un pedestal para sus agentes.

Por fortuna, católicos, una de estas dos instituciones es perpetua, y en consecuencia todavía, si bien á la larga como suele decirse, la Iglesia tiene que salvar de nuevo al Estado. Es dulce para mí esta esperanza, y mas grato aún el no poder perderla sin renunciar á la fe.

Esto supuesto, ya comprenderéis que la Iglesia no ha reservado ahora, como nunca, el dar principio á la grande obra para cuando suene la média noche. Tan activa como fecunda, tan celosa como vigilante, trabaja con fruto, trabaja siempre, año por año, dia por dia, momento por momento. Que sus enemigos cambien de táctica como de vestido nada importa, ella tiene los dos elementos con que

siempre se triunfa, la paciencia y la doctrina: ella triunfará en todos los combates, ella desarmará á sus enemigos, ó cuando ménos debilitará sus esfuerzos, dejándolos reducidos á la mas absoluta impotencia contra la institucion. Verán ellos acaso en su delirio que la hora ya se acerca, creerán ver debilitados los muros y aun rôtas las puertas del magnífico edificio, se lanzarán sobre ellas entre la furia y el gozo; pero al sentir el golpe reflejo de un tardío desengaño, recibirán la luz que les falta para comprender esta verdad profética: "No prevalecerán contra la Iglesia las puertas del infierno."

Yo me divagaba, católicos, y no por falta mia, sino por la fuerza que me hace mi asunto: vengamos empero á observar la conducta de nuestro Santo despues de haber comprendido las necesidades mas fuertes de la Iglesia en sus relaciones con el Estado.

Vicente de Paul estuvo con Enrique IV, asistió á Luis XIII en su tránsito á la eternidad, tuvo en sus brazos á Luis el Grande, á quien dió tambien los primeros rudimentos de la doctrina, mantuvo relaciones con los mas grandes ministros, desempeñó un empleo de importancia en el palacio de Gondy, y sirvió por espacio de diez años á la Reina-Madre Anna de Austria en un puesto de la mas elevada categoría.

No es mi ánimo seguirle paso á paso en tan diversas carreras, sino elegir ciertos rasgos mas notables de los que formaban su carácter como hombre público, sin mas objeto que mostrarle como un modelo del estado eclesiástico, y el mas adecuado para la situación en que actualmente se halla.

Hei, católicos, veis contender con fuerza dos opiniones exclusivas; una que tiende á eliminar en lo absoluto la personalidad eclesiástica de la organizacion social, de la representacion y administracion pública, y otra que, no aperebiéndose de los peligros de la situacion, pretende renovar sistemas fenecidos, autorizando y aun elevando á la clase de un deber la intervencion directa y espontánea del Estado eclesiástico. En cuanto á lo primero, nada tengo que añadir á lo que llevo dicho: esta opinion, en cierto modo atea, porque es la consecuencia práctica de la negacion de Dios en la constitucion y marcha de la sociedad civil, está refutada por sí misma. En cuanto á lo segundo, guardáos de creer que sea necesario recurrir á tal medio para salvar los derechos y sobre todo la dignidad de la Iglesia en el personal de su ministerio, sean cuales fueren las crisis á que le conduzcan las ideas, las costumbres, los intereses y las revoluciones. Esta venerable tribu, segregada del mundo por el mismo Dios, no para salir de los caminos de la vida temporal, sino para consagrarse toda inmediatamente al servicio del Santuario,

trae consigo en su vocacion, en su eleccion, en sus funciones augustas, en su poder moral, cuanto necesita y le basta para no llegar á sucumbir, ó mas bien, para quedar en pié, como una reserva de inmensa eficacia con que restaurar el órden social, despues de esas grandes conmociones que todo lo desquician. Ved, si no, de qué modo tan admirable se personifica en Vicente de Paul este cuidado solícito del Señor para con sus ministros, esa fortaleza sublime de que su gracia los reviste contra todas las tribulaciones de la vida social, esa virtualidad á que todos recurren cuando desengañados de la impotencia humana, van á buscar en la moral y la verdad católica reactivos eficaces, despues de los graves trastornos, para evitar la muerte política de los pueblos.

La carrera pública de Vicente de Paul se inició, católicos, con una de esas misiones que la ciencia del gobierno tiene colocadas en la primera categoría, para las cuales exige que concurra en las personas á cuyo cargo se confían lo que hai de mas elevado en la ciencia, de mas acrisolado en la experiencia, y trato de los graves negocios; talentos superiores, sagacidad y viveza para aprovechar las oportunidades, penetracion para sondear el pensamiento ajeno, arte para desarmar todas las oposiciones y destruir los obstáculos que se atraviesan; en fin, todas aquellas dotes que forman el genio de la política. La profunda reserva que de suyo piden estas negociaciones, el silencio que siempre guarda la virtud, y aquel arte de Vicente de Paul en rodear de tinieblas cuanto podia redundar en su alabanza, todo esto ha dejado cubierta para la posteridad la historia, interesantísima sin duda, los pasos y los resultados inmediatos de aquella mision que le confió el cardenal D'Ozzat cerca de Enrique IV. Pero sin que necesitemos de saber otra cosa, las pretensiones que aquel prelado tenia respecto de aquel soberano, la alta celebridad de este príncipe, la terrible crisis que tenia pendientes de esta negociacion los destinos de un gran pueblo y la paz de la Iglesia, bastan para comprender todo lo que importaba en las dotes de Vicente de Paul el ser elegido para una mision de tal naturaleza. Los admiradores de este Santo, viéndole nombrado por el cardenal D'Ozzat, hombre tan penetrante que, como decia Sixto V, "para escapar á su sagacidad, no bastaba guardar silencio, sino que era necesario abstenerse de pensar en su presencia," parecen inferir de aquí, que Vicente de Paul ocultaba tras los velos de su modesta simplicidad un genio admirable para la política. Mas yo no me fatigaré por cierto en sacar esta consecuencia: porque sea lo que fuere un hombre de estado en la galería de las notabilidades del mundo, siempre será opacado por el esplendor de la virtud y la santidad.

Es mucha gloria para la religion ser la única que pone de parte de los suyos toda la confianza de los pueblos y de los reyes, para conjurar esas tempestades que amenazan de muerte á los Estados mas firmes. La diplomacia, católicos, á fuerza de ser sagaz, astuta y penetrante, se esteriliza en su accion á veces, multiplicando los obstáculos á medida que crece la desconfianza consiguiente al concepto de su misma superioridad. Estos son los lances en que ella misma, confesando su impotencia, recurre á medios de otro género, librando al candor ingenuo de la virtud el éxito de negociaciones que ya parecen superar á todo el poder del genio. Aquel ministro de la religion, cuya carrera fué un testimonio irrecusable de que su pensamiento continuo era el bien, de que su corazon era inaccesible á la falacia, y en quien era imposible hallar un instrumento para la iniquidad, desarmaba con su presencia todas las prevenciones, era escuchado con benevolencia, encontraba préviamente allanados los caminos de la persuasion, neutralizaba el influjo de los intereses con el poder de la moral, y ponía fácilmente de parte de la justicia las voluntades mas opuestas. Hé aquí un poder cuya eficaz influencia no ha de acabar nunca, porque jamas el hombre dejará de rendirse, al fin de cada conflicto, á la luz de la verdad y al ascendiente irresistible de la virtud.

Vedle, católicos, en el palacio de Gondy pasar un tiempo mui considerable dedicado á la educacion de sus hijos, entre los cuales figuraba uno que despues recibió el capelo de cardenal y otro que llevaba el título de duque. Habitaba en aquel palacio como si fuese un monasterio. Siempre fijo en el objeto que le habia llevado allí, se dedicaba con solicitud á su cumplimiento, formando ante todo el corazon de aquellos niños que un día se presentarian en los primeros círculos de la alta sociedad. Consultado acerca de mil graves asuntos, aplazaba siempre su resolucion el tiempo indispensable para ir á encontrarla en los piés de un Crucifijo; mas una vez concluido cada negocio, volvía tranquilo á su modesto aposento, sin salir de él sino solo cuando el ejercicio de su ministerio sacerdotal ó los cuidados de su amor á los pobres le llamaban. Su espíritu estaba siempre donde la virtud lo exigía, donde la caridad reclamaba su celo. Jamas disgustó á ninguno de cuantos habitaban aquella casa, y su presencia, léjos de serle embarazosa, ejercía un influjo irresistible sobre todos los corazones. Su trato dulcísimo, su solicitud por hacer el bien, la paz interior que reflejaba de sus miradas eran otros tantos atractivos que producian maravillosos efectos.

¡Qué mejor prueba del ascendiente poderoso de su virtud y de su carácter podria daros, católicos, que aquel respeto y amor que

inspiraba constantemente á la familia real y á toda la corte? Habia ya dejado la casa de Gondy, cuando un golpe que hirió repentinamente á toda la Francia, fué á sacarle del fondo de la clase comun para conducirle á la corte en los momentos en que Luis XIII, víctima de una enfermedad incurable, estaba ya para dejar las riberas del tiempo. Este piadoso monarca, echando una mirada sobre toda su corte y aun sobre todo su reino en busca del hombre que su situacion exigía, sintió palpar de consuelo su corazon al recordar que contaba entre sus vasallos á Vicente de Paul. Inmediatamente le hace venir, católicos, y desprendiéndose luego de cuanto le rodeaba, se pone todo y solo en las manos de aquel siervo del Señor; le entrega lo que tiene de mas precioso, su alma; le confia el mas grave, ó para mejor decir, el único de todos sus negocios, porque los resumia todos en el juicio de su propia conciencia, en la suerte que le esperaba en la eternidad. Desde aquel momento el rei de Francia no tuvo mas pensamiento ni otra voluntad que la de aquel sacerdote.

¡Qué pasó en aquel breve tiempo en que Vicente de Paul estuvo asistiendo á Luis XIII hasta poner su alma en las manos del Criador? ¡Ah católicos! esos dias apenas componian un mes, pero aquel mes acaso prevenia toda una época, y de las mas fecundas en acontecimientos, y de las mas brillantes que la historia de Francia cuenta en sus anales. Nada quedó ni podia quedar escrito de aquellas conferencias misteriosas entre la conciencia de un monarca y el ministerio de un sacerdote; pero cualquiera suposicion que aquí hagamos, apoyados en la mejor crítica, respecto del supremo interes y las trascendencias inmensas de aquellos coloquios, descansará sin duda en la verdad: porque los sucesos que despues vinieron se ligaron de tal modo con aquella escena, que no nos es posible desconocer ni la influencia superior de Vicente de Paul en el periodo altamente crítico de la minoría de Luis XIV, ni las huellas de su pensamiento y de su celo en el reinado para siempre célebre de este príncipe.

Quando veo, católicos, á este siervo de Dios tomar en sus brazos al heredero del reino cristianísimo, en aquellos momentos críticos á par que solemnes, para colocarle entre Dios cuyas bendiciones pide abundantísimas para él, y la Francia que deposita sus esperanzas en aquel regio vástago que un día cubriría con su sombra toda la nacion; quando recuerdo que Vicente de Paul fué el primer ayo de un rei que mereció el renombre de *Grande*, quien derramó sobre su alma las luces de la verdadera sabiduría, y depositó en su corazon la semilla de la virtud; cuando apenas comenzada la regencia, se

ofrece á mi vista el hijo de un labrador, el estudiante pobre, el esclavo de Berbería, el amigo de los galeotes al frente del Consejo de conciencia de la Reina-Madre; cuando en el desempeño de tan elevado como espinoso empleo, que sirve por diez años, vive en la cumbre de los honores sin que padezcan en lo mas mínimo la pobreza de su condicion privada, la modestia de su porte, la humildad profunda de su conducta, ni su ardiente amor á los menesterosos; cuando admiro los resultados de su influencia en la regeneracion casi completa de la virtud sacerdotal, en la provision de pastores insignes á la par por la sabiduría y por el celo, en su empeño por moralizar todos los cargos en que se distribuia la personalidad administrativa; cuando estudio aquel carácter prodigiosamente grande que muestra el siervo de Dios colocado en los primeros rangos de la escala social, aquella energía inexorable para reprimir la ambicion y apartar del santuario á los que solo buscan sus honores, aquel tino admirable con que saca de la oscuridad á tantos prelados eminentes, aquella abnegacion nunca desmentida y siempre constante con que se alejó á sí mismo y á todos los suyos de las preeminencias de la Iglesia, teniendo que luchar contra la munificencia régia empeñada en recompensar su mérito, mas que contra las ambiciones particulares que solicitaban su influjo; mi alma, católicos, impotente para resistir el peso de tanta grandeza, sucumbe bajo el poder de una virtud tan sublime; y no pudiendo encontrar en el fondo de la posibilidad humana la explicacion de aquel carácter, de aquella carrera, de aquel influjo, de aquella maravillosa y universal trasformacion, sube á otra parte, descubre la influencia de un poder sobrehumano, y no puede ménos que exclamar á la vista de todo: *¡Aquí está el dedo de Dios!*

¿Cuándo acabaria yo, católicos, si pretendiese recorrer uno á uno los muchos y grandes hechos que, para enseñanza de la posteridad, admiramos en Vicente de Paul durante este periodo de su vida en que, por obediencia y á pesar de su retraimiento humilde, se consagró al desempeño de tan elevado empleo? Mas teniendo que ceder á la necesidad estrecha de reducirme, y que resignarme con la pena de callar tantos rasgos ilustres, concluiré deduciendo aquellas máximas que los ejemplos de tan admirable Santo desprenden de sí mismos para formar el código de la conducta del clero en el órden político y civil, cuya observancia fué ya desde entónces, y es cada dia mas y mas, un puerto mui seguro para salvar su dignidad personal en las borrascas de la política, y conservar, aun para el bien del Estado, mas libre y expedito el influjo de su institucion sobre la marcha social de los pueblos.

Hemos visto á Vicente prescribirse como un inviolable precepto, no solo no ambicionar, sino huir de los puestos públicos con una fuerza proporcional en todo sentido á la importancia y esplendor de ellos. Observando esta conducta, resumiendo con ella todas las fuerzas morales de su ministerio, adquiria el mayor poder que en esto cabe, y consiste, como bien sabéis, en renunciar hasta al deseo de figurar en los círculos de la política, y por tanto, tener en nada esa especie de olvido y abandono que la indiferencia ó el cálculo de las cortes hacen del ministerio eclesiástico. Nadie mas independiente, católicos, en el órden humano que el que mas ha reducido el círculo de sus necesidades y aspiraciones; nadie mas firme que el que busca un lugar que ninguno codicia. Permitidme que vierta una frase trivial de nuestro pueblo, mui significativa y en alto grado propia para explicar mi pensamiento: "Nadie puede tumbar al que se sienta en el suelo." Esta frase concuerda perfectamente con aquella máxima sublime con que Jesucristo descargó un golpe de muerte sobre la ambicion, aquel consejo de no tomar nunca sino el último asiento: porque esta localidad está llena de esperanzas y exenta de peligros, así como la inversa, llamando contra sí ó á la justicia, ó á la envidia, expone á cada uno á las humillaciones de un desaire público. Por esto Vicente de Paul no perdonaba medio alguno de excusarse cuando se le invitaba para un alto puesto, y bien recordaréis que fué necesario todo el poder de la obediencia para determinarle entrar á la casa de Gondy, y aceptar la presidencia del Consejo de conciencia de Anna de Austria.

Mas no imaginéis que su empeño en esquivar toda clase de honores, en huir esos brillantes empleos del estado civil, llegase al extremo de hallarle siempre inexorable á la voz imperiosa de la necesidad y la obediencia. Esta virtud, reguladora del órden en todas líneas, era el móvil de su conducta, bien así como aquel sentimiento, donde quiera que aparecia, el estímulo constante de su corazón. Así es que, cuando una necesidad bien comprobada y una autoridad irresistible se interponen entre su modestia que todo lo rehúsa y el Estado que todo lo pide, cede con facilidad, acepta el puesto, mira en su desempeño una carga que le impone el mismo Jesucristo, y llevándola con amor, por mui pesada que sea, la encuentra siempre suave y ligera.

Siendo tal, católicos, el motivo que le docilita para ocupar los altos puestos, la intencion con que los admite y el espíritu con que los desempeña, bien comprendéis que buscará en la abnegacion mas completa la independencia del hombre público, superior á todo poder, á todo influjo, á los embarazos de la prosperidad lo mismo

que á los reveses de la desgracia. Viendo los designios de Dios en la marcha perfecta de la sociedad, interesada en esta marcha no solamente la felicidad temporal sino tambien la felicidad eterna, concertados en la perfeccion política los intereses del cielo con los de la tierra, el espíritu religioso y el espíritu público, ya comprenderéis que aquel modelo incomparable no separaba nunca, sino ántes bien estrechaba siempre, los principios de la religion con la ciencia del gobierno, la política con la moral, y ésta con la religion.

Apoyado en estos principios, examinaba siempre los negocios conforme á las reglas de la prudencia cristiana, cuyos elementos preciosos, bajados del mismo cielo, forman un criterio superior á todo, una balanza moral de apreciaciones infinitas, unos medios de accion superiores con mucho á la sagacidad política y á la prudencia del siglo, al paso que comunican á los hombres públicos esa energía de carácter que preside á las grandes resoluciones, á las sábias medidas, á eso que el mundo suele llamar golpes de genio para huir artificiosamente del lenguaje católico. Esto explica perfectamente aquella inalterable constancia con que Vicente de Paul llevaba siempre á efecto cuanto habia encontrado necesario y justo despues de una meditacion detenida y concienzuda.

Esté poder moral, que solo ve á Dios y su justicia, expedita de tal suerte la marcha del hombre público, que siempre le hallan pronto la justicia, la necesidad y el bien comun, y nunca los medrosos recelos de la ambicion le retraen, ni el aparato de un trono contiene los esfuerzos de su celo. Tal vemos á Vicente de Paul en aquellas revoluciones de la Fronda que despedazaban á la Francia, y cuando las pasiones, atacando á la par á la corte y al pueblo, perpetuaban ó irritaban progresivamente la guerra, ir solo, con sus convicciones y su conciencia, por dos veces, desafiando todos los peligros, á San German, donde residia la córte, á pedir la paz en favor de la capital, en que millares de infelices perecian al embate destructor de la guerra civil. Sus pretensiones desagradan á la corte, y él se retira sin jactancia y sin temor, satisfecho sin duda de que los objetos directos de un ministerio, siempre de paz y de bien, entrarían en lucha frecuentemente, pero nunca volverían á la nada. El desagrado de la corte se traduce con la caida de Vicente, sin duda porque tal es de ordinario el efecto de una noble mision hácia un poder mal avenido con los sólidos intereses de la virtud; pero aquel hombre, fuerte mas que todos los ejércitos, cuando se le felicita por haber salido fallida la conjetura, se lamenta de lo mismo que sirve de fundamento á la felicitacion: "Ojalá hubiera salido cierta la noticia! exclama; pero un miserable como yo no es digno

de tal favor." ¡Poder sublime, que reduce los objetos mas colosales del mundo á un grano de mostaza junto á los héroes de la religion!

Imaginad ahora los efectos consiguientes á este sistema de conducta: figuráos á todo un clero gobernándose por este código tan sencillo como grande, ora cuando se le considera, ora cuando se le esquivo en las altas esferas del mundo político, y tambien cuando á plena fuerza se obra contra él para reducir á la nada la presencia de su personalidad y el influjo de su ministerio; y yo os aseguro, en verdad, que saldrá siempre avante en todos los conflictos, que conservará siempre inmune su independencia y dignidad, que su ministerio augusto, donde viven juntas la verdad, la justicia y el bien, será siempre un inmenso faro que atraiga la vista y el corazon de los pueblos y los gobiernos en esas borrascas civiles que amenazan de muerte á toda la sociedad. De hecho, católicos, la última faz de esa revolucion antigua, parto comun del Renacimiento y la Reforma, reducida, como lo veis, al entronizamiento de las masas sobre todo poder social, de esa revolucion que agita y sacude hoy á toda la tierra, y á cuyo empuje bamboléan todos los tronos, esta faz, digo, está presentando á la admiracion y enseñanza comun del sabio y del pueblo un fenómeno maravilloso en alto grado. ¡Cuál! el del incremento del poder eclesiástico sobre el fondo de la sociedad en los momentos en que se le ha creído muerto absolutamente para el Estado. Ved, si no, las consecuencias que nacen de la accion constante y laboriosa de Vicente de Paul, con su espíritu, sus ejemplos, su doctrina y sus institutos, sobre todos los pueblos de la tierra y en todas las vicisitudes sociales de los siglos.

TERCERA PARTE.

Quando se trata, católicos, de una accion tan universal, tan constante y laboriosa, tan prodigiosamente fecunda, y de trascendencias tan inmensas como la que desarrolló sobre su siglo y los venideros Vicente de Paul, que siguiendo las huellas de Jesucristo, "pasaba haciendo el bien," y no bajó al sepulcro sin dejar una santa posteridad que perpetuase su espíritu y conservase abierto á todas las necesidades del género humano el tesoro de la caridad evangélica; que en su tiempo parecia multiplicarse en cierto modo, para estar presente donde quiera que habia menesterosos, y despues reproducirse de continuo, para no dejar huérfanos á todos los que lloran y